

VASCO NUÑEZ DE BALBOA.



ran pasados ya doce años desde que Colon habia descubierto la Tierra firme de América, y todavía los españoles no tenian en ella ningun establecimiento permanente. Aquel gran navegante, que primero en 1498 recorrió y visitó el nuevo continente por las costas de Paria y Cumaná, intentó cuatro años despues poblar en la de Veragua. Pero la imprudencia de sus compañeros, ayudada de

**AUTORES CONSULTADOS.** *Impresos:* Pedro Martir de Angleria: *De rebus oceanicis et orbe novo decades.* -- Relacion de los sucesos de Tierra firme por el Adelantado Pascual de Andagova; impresa últimamente en el tomo 2º de viajes del señor Navarrete. -- Francisco Lopez de Gomara: *Historia de las Indias.* -- Antonio de Herrera: *Historia de las Indias*, décadas primera y segunda.

*Inéditos.* Algunas relaciones del mismo Balboa. -- Oviedo: *Historia general de Indias*, lib. 29 -- Juan Cristóbal Calvet de Stella: *De rebus Indicis.* -- *Noticias historiales de las conquistas de Tierra firme* por Fr. Pedro Simon. -- Fr. Bartolomé de las Casas: *Historia Cronológica.* -- Diferentes documentos del tiempo respectivos á Vasco Nuñez y Peñarias.

la ferocidad indomable de los indios, le privó de esta gloria; y aquellos pobladores, desamparando la colonia tan luego como empezaron á fundarla, tuvieron que abandonar la empresa á otros aventureros mas felices.

Ya antes en 1501 habia Rodrigo de Bastidas recorrido las costas de Cumaná y Cartagena, sin ánimo de poblar, y solo con el intento de comerciar pacíficamente con los naturales 1. Despues Alonso de Ojeda, aventurero mas célebre que Bastidas, compañero de Colón, y uno de los españoles mas señalados por la audacia y tenacidad de su carácter, visitó tambien los mismos parages, contrató con los indios, y no pudo, aunque lo intentó, establecerse en el golfo de Urabá, descubierto anteriormente por Bastidas. Pero los contratiempos que habia experimentado en las dos primeras tentativas, no le retrajeron de su propósito, y tercera vez quiso probar fortuna. Él y Diego de Nicuesa fueron á un mismo

1 Bastidas, de cuyo viaje hay una sumaria relacion en el tomo tercero de los publicados por el señor Navarrete, no se hizo célebre ni como descubridor ni como conquistador; pero su memoria debe ser grata á todos los amantes de la justicia y de la humanidad, por haber sido uno de los pocos que trataron á los indios con equidad y mansedumbre, considerando aquel pais mas bien como un objeto de especulaciones mercantiles con iguales, que como campo de gloria y de conquistas. *Siempre le cognosci*, decia de el el P. Casas, *ser para con los indios piadoso, y que de los que les hacian agravios blasfemaba*. No es menos ventajosa la opinion de Antonio de Herrera: *T en todo aquel viaje no bizo Bastidas ningun enojo á los indios*, dice en el capitulo 11, lib. 4.º, década primera. Estos principios de moderacion le acarrearón la muerte: estando de gobernador en Santa Marta, sus feroces compañeros le dieron de puñaladas porque no les dejaba robar y destruir á su voluntad.

tiempo autorizados por Fernando el Católico para poblar y gobernar en la Costa firme de América señalándose por límites de sus jurisdicciones respectivas, á Ojeda desde el cabo de la Vela hasta la mitad del golfo de Urabá; y á Nicuesa desde allí hasta el cabo de Gracias á Dios. Las dos expediciones salieron primero de España, y despues de Santo Domingo, casi á un mismo tiempo. Iba delantero Ojeda, que arribando á Cartagena, perdió en diversos encuentros con los indios muchos de sus compañeros, y tuvo que dar la vela para el golfo, en donde entró buscando el rio Darien, célebre ya entonces por las riquezas que segun fama llevaba. Mas, no siendo hallado entonces, determinó Ojeda fundar sobre los cerros al oriente de la ense- 1510  
nada un pueblo, que se llamó San Sebastian, y fue el segundo que se asentó por manos europeas en el continente americano.

Su suerte, sin embargo, iba á ser igual á la del primero. Sin provisiones para subsistir mucho tiempo, sin paciencia y sin costumbre de cultivar, los españoles no podian mantenerse sino á fuerza de correrías. Recurso incierto, y mas que incierto peligroso; porque los indios del pais, naturalmente feroces y guerreros, no solo se defendian, casi siempre con ventaja, sino que, terribles con sus flechas enarboladas, los asaltaban á cada momento sin dejarlos reposar. Los bastimentos se acababan, la gente se disminuía con la fatiga y el hambre, y todos desalentados y abatidos con tanto contratiempo, no veían otro término á su miseria que la muerte, ni otro modo de evitarla que la fuga. La única

esperanza de Ojeda era la llegada de Martín Fernández de Enciso, un letrado asociado á su empresa, que se habia quedado en la Isla Española preparando un navío para seguirle. Pero Enciso no llegaba, y los castellanos descontentos y casi amotinados precisaban á su capitán á tomar algun partido. Acordó, pues, salir él mismo á activar la venida del socorro, dejando el mando en su ausencia, ó hasta tanto que llegase Enciso, á aquel Francisco Pizarro, que despues se señaló con tanta gloria y terror en el descubrimiento y conquista de las regiones del Sur. Dió palabra de volver antes de cincuenta dias, y les dijo que si no parecía en aquel tiempo despoblases y se fuesen á donde mejor les pareciese. Esto dispuesto, se embarcó para la Española, perdió el rumbo y fué á dar en Cuba, y por una serie de aventuras, cuya exposicion no es de este lugar, pasó al fin á Santo Domingo, en donde murió de allí á pocos años pobre y miserablemente.

Entre tanto los españoles de San Sebastian viendo pasar los cincuenta dias del plazo sin llevarles socorro alguno, determinaron embarcarse en dos bergantines y volverse á la Española. De doscientos y mas que eran cuando salieron con Ojeda, estaban entonces reducidos á sesenta. Mas estos sesenta no cabian en aquellos buques, y tuvieron que aguardar á que la hambre y la miseria los redujese á menos. No tardó esto en suceder, y entonces se embarcaron. El mar se sorbió al instante uno de los dos navichuelos: Pizarro atemorizado huyó á guarecerse en Cartagena, en cuyo puerto entraba cuando

descubrió á lo lejos la nave de Enciso, que acompañada de un bergantin venia hácia ellos. Esperóla, y Enciso á quien por el título de alcalde mayor que tenia de Ojeda competía el mando en su ausencia, le reasumió y ordenó dar la vela para Urabá. Resistíanse aquellos infelices á arrostrar otra vez los trabajos y las miserias que habian allí sufrido: pero Enciso, parte con autoridad, parte con halagos, los hizo al cabo ceder á pesar de su repugnancia. Llevaba consigo ciento y cincuenta hombres, doce yeguas, algunos caballos, armas y buena provision de bastimentos. Llegar empero á Urabá y descubrirse al instante con nuevos infortunios que aquel país no consentía europeos, todo fué uno. La nave de Enciso dió en un vajo y fué en un momento hecha pedazos, perdiéndose casi cuanto en ella venia, menos los hombres que se salvaron desnudos. La fortaleza y casas que habian antes construido estaban reducidas á cenizas. Los indios ciertos ya de su ventaja y de la flaqueza de sus enemigos, los esperaban y los acometian con una audacia y una arrogancia, que no dejaba lugar ni á la paz, ni á la reduccion. Volvieron, pues, las voces de volverse á la Española: dejemos, decian, estas costas mortíferas de donde el mar, la tierra, el cielo y los hombres nos rechazan. Nadie profería palabras que no fuesen de desaliento, ni otros consejos que de pusilanimidad y de fuga. Segunda vez iba á ser abandonado el establecimiento, y acaso para siempre, si en aquella consternacion general no hubiera aparecido en medio de ellos un hombre, que entonces con su aviso volvió á todos el ánimo y la espe-

ranza, y despues con su esfuerzo y sus talentos dió consistencia y lustre á la vacilante colonia.

"Yo me acuerdo, dijo Vasco Nuñez de Balboa, que los años pasados viniendo por esta costa con Rodrigo de Bastidas á descubrir, entramos en este golfo, y á la parte del occidente saltamos en tierra donde encontramos un gran rio, y á su orilla opuesta vimos un pueblo asentado en tierra fresca y abundante, y habitado por gente que no ponía yerba en sus flechas." Con estas palabras, como resucitando de muerte á vida, todos toman nuevo aliento, y siguiendo en número de ciento á Enciso y á Balboa, saltan en los bergantines, atraviesan el golfo, y buscan en la costa opuesta la tierra amiga que se les anunciaba. El rio, el lugar y el pais se hallaron tales como los habia pintado Vasco Nuñez, y el pueblo fuera al instante ocupado por los españoles, á no salirles al encuentro los indios, que habiendo puesto en salvo sus mejores efectos y sus familias, se situaron en un cerro y animosamente los esperaron.

Eran hasta quinientos hombres de guerra y al frente de ellos Cemaco su cacique, hombre resuelto y tenaz, dispuesto á defender su tierra á todo trance contra aquella nube de advenedizos. Temieron los Españoles el éxito de la batalla, y encomendándose al cielo ofrecieron si conseguian la victoria dar al pueblo que edificasen en aquel pais el nombre de Santa María de la Antigua, una imájen en Sevilla de gran veneracion. Hizo además Enciso jurar á todos mantener su puesto á muerte ó á vida sin volver la

espalda, y hechas estas prevenciones dió la señal de la batalla. Levantan al instante el grito y con impetu terrible se arrojan sobre los indios, que con no menor ánimo los recibieron. Pero los españoles peleaban como desesperados, y las armas desiguales con que combatian no dejaron durar mucho tiempo la refriega, que fué terminada con el estrago y fuga de los salvajes des-pavoridos. Los españoles, alegres con su triunfo, entraron en el pueblo, donde hallaron muchas preseas de oro fino y abundancia de provisiones y ropas de algodón. Corrieron despues la tierra, hallaron en los cañaverales del rio todos los efectos preciosos que los indios habian allí ocultado; y hechos cautivos los pocos que no pudieron escapar, sentaron tranquilamente su dominacion. Envió en seguida Enciso por los españoles que habia dejado en la banda oriental del golfo, y todos contentos y esperanzados se pusieron á fundar la villa, que segun el voto hecho antes de la batalla, se llamó Santa María de la Antigua del Darien.

El P. Casas en el cap. 63 de su Historia Crónológica dice que en las memorias viejas que el tenia se hallaba pintada de diferente modo esta guerra con los indios. Segun ellas los españoles llegaron y fueron recibidos en paz por Cemaco, el cual sabiendo el ansia que tenian por oro, les dió voluntariamente hasta ocho ó diez mil pesos. Preguntado de dónde venia aquel metal, respondió que del cielo. Insistieron, y dijo que las piezas grandes se cogian á distancia de veinte leguas, y las menudas en unos rios allí cerca. Dijeronle que fuese á mostrarles los parages que indicaba: el lo consultó con sus indios, los cuales le retrajeron de su propósito, diciéndole que si los castellanos encontraban oro nunca se irian de allí. Escondióse el cacique en el pueblo de un vasallo suyo: fueron tras el, le prendieron y le dieron tormento para que descubriese los sitios que buscaban. Vencido de dolor

La conducta de Enciso en estos principios no era desmerecedora del mando y autoridad que ejercía. Pero doce mil pesos, á que ascendía el oro de los despojados, habian excitado en sus compañeros la codicia y la esperanza, y él imprudentemente prohibiendo con pena de la vida que nadie contratase con los indios, contradecía de un modo extraño estas dos pasiones, las mas fuertes de aquellos aventureros. "Es un avaro, decian, que quiere para sí solo toda la utilidad de los rescates, y abusa en perjuicio nuestro de una autoridad que no le corresponde. Puestos ya como estamos fuera de los límites asignados á la jurisdiccion de Ojeda, el mando de su alcaldía mayor es nulo y nuestra obediencia tambien <sup>1</sup>." Señalábase en este bando de oposicion Vasco Nuñez, á quien la traslacion de la colonia habia ganado crédito entre los mas valientes y atrevidos. Acorde, pues, la mayor parte en su propósito, quitaron el mando á Enciso y determinaron proveerse de un gobierno municipal, formar un cabildo, crear regidores, nombrar alcaldes, y procediéndose á la eleccion recaye-

dijo lo que sabia; y habiéndole soltado recogió la gente que le obedecia y la de sus amigos, y vino sobre los españoles.

Gomara tambien dice que los indios del Darien no acometieron hostilmente á los españoles hasta que los vieron empezar á edificar casas en su propia tierra sin licencia. Véase el cap. 58 de su Historia de las Indias.

<sup>1</sup> *Y no decian mal, si verdad era que aquella tierra salia de los dichos términos, como creo sea verdad. Pero cierto mejor dijeran que ni Enciso, ni todos ellos, ni juntado con ellos Ojeda, tenian una punta de alfiler de jurisdiccion, etc.*

CASAS: Hist., cap. 64.

ron las varas de justicia en Martin Zamudio y en Balboa.

Los bandos sin embargo no sosegaron con este arreglo. Todavía el partido de Enciso decia que no estaban bien sin una cabeza, y queria que lo fuese él: otros decian que, pues se hallaban en la jurisdiccion de Diego de Nicuesa, se le enviase á llamar y se sujetasen á su mando: otros en fin, y estos entonces eran los mas fuertes, insistian en que el gobierno que se habia formado era bueno, y que en caso de dar el mando á uno solo, Balboa era mejor para mandarlos que otro general cualquiera.

En estas contestaciones se hallaban, cuando de repente oyen atronarse el golfo con los tiros que resonaban á la parte oriental de él. Vieron tambien ahumadas como de gente que hacia señales, y ellos respondieron con otras semejantes. De allí á poco vino á ellos Diego Enriquez de Colmenares, que con dos navíos cargados de bastimentos, armas y municiones, y con sesenta hombres habia salido de la Española en busca de Diego de Nicuesa. Echado por las tormentas á la costa de Santa Marta, donde los indios le mataron bastante número de sus compañeros, con los restantes bajó al golfo de Urabá á tomar lengua de Nicuesa, y como no halló á ninguno de los compañeros de Ojeda en el sitio donde pensaba, tomó el arbitrio de disparar la artillería y hacer ahumadas para ver si se le respondía de alguna parte. Las ahumadas y tiros del Darien dirigieron su rumbo á la Antigua, donde, preguntando por la suerte de Nicuesa y no sabiéndosela decir nadie, acordó detenerse y re-

partir con los que allí estaban los bastimentos y armas que traía. Esta liberalidad le ganó los ánimos, y le dió en la villa crédito bastante para hacer preponderar el dictamen de los que querían se llamase á Nicuesa para que los gobernase. Así se acordó en cabildo, y en seguida fueron diputados para el mensaje del mismo Colmenares con Diego de Albitez y Diego del Corral; los cuales se embarcaron al instante, y se dirigieron á la costa de Veragua en demanda de Nicuesa.

Con cinco navíos y dos bergantines montados de cerca de ochocientos hombres habia salido de Santo Domingo este descubridor muy poco después de Ojeda, como ya se dijo arriba. Alcanzóle en Cartagena, ayudóle en sus refriegas con los indios, y después se separaron uno de otro para ir á sus gobernaciones respectivas. Las diferentes aventuras, y las plagas funestas que cayeron sobre el triste Nicuesa desde que empezó á costear las regiones sujetas á su mando, forman el cuento mas lastimoso, y al mismo tiempo el mas terrible, para escarmiento de la codicia y de la imprevisión humana. Pero como no son de nuestro propósito, baste decir que de todo aquel poderoso armamento con que parecia iba á dar la ley al istmo de América y á todos los países convecinos, no le quedaban al cabo de pocos meses mas que sesenta hombres; los cuales miserablemente fijados en Nombre-de-Dios, á seis leguas de Portobelo, esperaban la muerte por instantes, faltos y desesperados de todo recurso. En tal situacion llegó Colmenares y dió á Nicuesa el mensaje que traía del Darien. El cielo parecia que, apiadado de sus trabajos,

queria ponerles un término abriendo aquel camino á su remedio. Su desgracia ó su imprudencia no lo consintió, y aquel llamamiento inesperado fué al fin el dogal funesto con que la fortuna le llevó arrastrando al precipicio.

Las desgracias, que por lo comun hacen prudentes y circunspectos á los otros hombres, habian alterado la noble índole que se conocia en Nicuesa. De festivo, generoso y contenido que antes era, se habia convertido en temerario, desabrido y aun cruel. No bien aceptó la autoridad que los del Darien le daban, cuando, sin haber salido de Nombre-de-Dios, ya los amenazaba con castigos, y decia que les quitaria el oro que sin licencia suya habian tomado en aquella tierra. Disgustóse Colmenares, y mas se ofendieron Albitez y Corral, á quienes como pobladores del Darien tocaban mas de cerca las baladronadas del gobernador. Estos llegaron al golfo un poco antes que Nicuesa, el cual añadió á su loca jactancia el yerro de dejar ir delante á hombres que le anunciassen tan siniestramente. Bramaban los de la Antigua á tal nueva, y la exaltacion subió de punto cuando llegó el veedor de Nicuesa, Juan de Caicedo, que tambien resentido de él, acabó de encender la discordia en los ánimos irritados, echándoles en cara la locura que hacian, siendo y viviendo libres, en someterse á un extraño.

Con esto levantaron la cabeza los dos partidos de Enciso y de Balboa, y se unieron como era de esperar en daño del desdichado Nicuesa. Llegó al Darien, y el pueblo le salió á recibir para decirle con gritos y amenazas que no desem-

barcase y que fuese á su gobernacion. Zamudio el alcalde con otros de su valía acaudillaba este movimiento; mientras que Balboa, que secretamente los habia excitado á él, en público manifestaba templanza y moderacion. Sintió Nicuesa desplomarse sobre sí el cielo cuando se vió con aquella imprevista contradiccion. En vano les rogaba que ya que no por gobernador, á lo menos por igual y compañero le admitiesen; y si aun esto no consentian, le metiesen en una prision y le dejasen vivir entre ellos encerrado, pues menos duro le seria esto, que volver á Nombre-de-Dios á perecer de hambre ó á flechazos. Recordóles el enorme caudal que habia expendido en la empresa y los infortunios deplorables que habia pasado. Pero la política no tiene compasion, ni la codicia oidos: el pueblo cada vez mas irritado no se sosegaba; y él, contra el aviso secreto que le habia enviado Balboa de que no desembarcase sino en su presencia, se dejó engañar de las promesas de algunos y bajó á tierra entregándose en manos de aquellos furiosos. Pusiéronle preso, y despues le metieron en un bergantin con órden que saliese de allí al instante y se presentase en la corte. Protestó él contra la crueldad insigne que con él cometian: insistió en la legitimidad de su autoridad y mando en aquella tierra, y les amenazó de quejarse en el tribunal de Dios. Todo fué en vano: embarcado en el navichuelo mas ruin que allí habia, mal provisto de víveres, y acompañado de solos diez y ocho hombres que quisieron seguir su fortuna, salió de aquella inhumana colonia, y se hizo á la mar, sin que ni él ni

Dia 1.º  
de marzo  
de 1511.

ninguno de sus compañeros, ni la barca tampoco hayan parecido jamás.

Arrojado Nicuesa, solo quedaba Enciso que pudiese contrarestar la autoridad de Balboa en el Darien. Pero el partido de aquel letrado en la villa era muy débil para poder sostenerse. Vasco Nuñez le hizo cargo de haber usurpado la jurisdiccion, no teniendo título para ello sino solo de Alonso de Ojeda, le hizo proceso, le prendió, le confiscó los bienes, y al fin, dejándose vencer del ruego y de la prudencia, le mandó poner en libertad con la condicion de que en el primer navío que saliese se iria á Santo Domingo ó á Europa. Acordaron despues enviar comisionados á una y otra parte para hacer saber los sucesos de la colonia, dar idea de la calidad de la tierra y circunstancias de sus naturales, y pedir socorros de víveres y de hombres. Eligieron para este encargo al alcalde Zamudio y al regidor Valdivia, uno y otro amigos de Vasco Nuñez, y encargados de ganar con presentes la proteccion y favor de Miguel de Pasamonte, tesorero de Santo Domingo, y árbitro casi absoluto entonces en las cosas de América, por la gracia que alcanzaba con el Rey Católico y con su secretario Conchillos. Pero estos presentes ó no llegaron á su poder, ó no fueron bastantes á contentar su codicia: porque no hay duda en que los primeros despachos de Pasamonte al gobierno sobre las cosas del Darien fueron todos tan favorables á Enciso como contrarios á Vasco Nuñez; y en este paso mal dado puede fijarse el origen de las desgracias y catástrofe final de este descubridor. Valdivia quedó en la Isla á

preparar y activar los socorros que necesitaba el Darien, y Zamudio y Enciso vinieron á España á sembrar, el uno alabanzas y el otro que-rellas contra Balboa.

¿Quién era, pues, este hombre que sin título, sin comision, sin facultades, así sabia influir en sus compañeros, y suplantar á los personajes cuya autoridad era legítima y los derechos al mando incontestables? Tan audaces todos, tan codiciosos como él, tan ambiciosos de poder y mando, ¿por cuál razon se dejaban guiar y dirigir así por un hombre oscuro, privado, menesteroso como el que mas? Era Vasco Nuñez de Balboa natural de Jerez de los Caballeros, de familia de hidalgos, aunque pobre. En España habia sido primeramente criado de don Pedro Puertocarrero, señor de Moguer; y despues se alistó entre los compañeros de Rodrigo de Bastidas para el viaje mercantil que este navegante hizo. Al tiempo de la expedicion de Ojeda se hallaba establecido en la Española en la villa de Salvatierra, donde tenia algunos indios de repartimiento y cultivaba un terreno. Cargado de deudas, como los mas de aquellos colonos, y ansioso de gloria y de fortuna quiso acompañar á Enciso, pero se lo estorbaba el edicto del almirante que prohibia salir de la isla á los deudores. Para eludirle se embarcó secretamente sin conocimiento de aquel comandante en su navío, encerrado en una pipa, ó como otros quieren, envuelto en una vela, y no se descubrió hasta que se hallaron en alta mar. Irritóse sobremañera Enciso, amenazándole que le dejaría en la primera isla desierta que encontrasen: pero me-

diaron ruegos de otras personas, Vasco Nuñez se le humilló, y al fin aplacado consintió en llevarle. Era alto, membrudo, de disposicion bizarra y agraciado semblante<sup>1</sup>. No pasaba entonces de treinta y cinco años, y la robustez de sus miembros le hacia capaz de cualquier fatiga, y vencedor de los mayores trabajos. Su brazo era el mas firme, su lanza la mas fuerte, su flecha la mas certera: hasta su lebrél de batalla era el mas inteligente y el de mayor poder<sup>2</sup>. Iguales á las dotes de su cuerpo eran las de su espíritu, siempre activo, vigilante, de una penetracion suma, y de una tenacidad y constancia incontrastable. La traslacion de la colonia desde San Sebastian al Darien, debida á su consejo, fué la que empezó á darle crédito entre sus compañeros. Y cuando puesto á su frente y entregado del mando, le vieron ser el primero en los trabajos y en los peligros, no perderse de ánimo nunca, tener en la disciplina una severidad igual á la franqueza y á la afabilidad con que en el trato los agasajaba, repartir los despojos con la equidad mas exacta, cuidar del último de sus soldados como si fuera su hijo ó su hermano, y conciliar del modo mas grato y apacible los deberes y decoro de gobernador y capitán, con los oficios de camarada y amigo; la adhesion que entonces le juraron y la confianza que en él pusieron no tuvieron límite ninguno, y todos se da-

<sup>1</sup> Era mancebode basta treinta y cinco ó pocos mas años, bien alto y dispuesto de cuerpo, y buenos miembros y fuerzas, y gentil gesto de hombre, muy entendido y par a sufrir mucho trabajo. CASAS: Hist., cap. 62.

<sup>2</sup> Véase sobre el perro la cita de Oviedo en el Apéndice.



ban el parabien de la superioridad que en él reconocian. Pudo considerársele hasta la expulsión de Enciso como un faccioso artero y atrevido, que, ayudado de su popularidad, aspira á la primacía entre sus iguales, y logra á fuerza de intrigas y de audacia desembarazarse de cuantos con mejor título podian disputarle el mando. Mas, despues que se halló solo y sin rivales, entregado todo á la conservacion y progresos de la colonia que se habia puesto en sus manos, se le ve autorizar su ambicion con sus servicios, levantar su pensamiento á la altura de su dignidad, y con la importancia y grandeza de sus descubrimientos ponerse en la opinion pública casi á la par con Colon.

Los contornos del nuevo establecimiento estaban habitados por diferentes tribus, bastante conformes entre sí por las costumbres, pero separadas y divididas ya por las guerras que continuamente se hacian, ya por la naturaleza del terreno, áspero, fragoso y desigual. Aunque igualmente valientes y belicosos que los indios de la costa oriental, eran sin embargo los del Darien menos feroces y crueles. Peleaban aquellos con flechas enarboladas, no daban cuartel en la guerra, y se comian los enemigos que rendian: estos preferian pelear de cerca con mazas, macanas ó dardos, no ponian yerba en las flechas de que usaban, y los cautivos que hacian, señalados en la frente, ó con un diente menos, sufrían la servidumbre y no la muerte. Dábase la nobleza entre ellos al que salia herido de la guerra: y recompensado con posesiones, con alguna muger distinguida y con mando militar, era

tenido por mas ilustre que los otros, y trasmittia á sus hijos aquella distincion, con tal que siguiera la profesion de las armas. Obedecian á caciques, que, segun las antiguas relaciones, tenian sobre ellos mas autoridad que la que generalmente lleva consigo la condicion de salvajes. De médicos y adivinos les servian los que llamaban *Tequinas*, especie de embaidores á quienes consultaban en sus enfermedades, en sus guerras, y generalmente en todas sus empresas. *Tuira* llamaban á la deidad que adoraban, y la supersticion en partes pacífica y dulce le presentaba en ofrenda pan, aroma, frutas y flores; en otras cruel y abominable le ofrecia sangre y víctimas humanas.

Tenian sus asientos junto á la orilla del mar y á las márgenes de los rios donde hallaban proporcion de pesquerías. Cultivaban un poco y cazaban tambien, pero el pescado era su sustento principal. Sus casas eran de madera y cañas atadas con bejucos y cubiertas de yerba para defenderse de la lluvia. Llamábanlas *bohíos* cuando estaban sentadas sobre la tierra, *barbacoas* cuando se construían en el aire, fundadas en árboles, y sobre el agua; y tales las habia entre los principales que en la desnudez general de la tierra podian pasar por palacios. Nunca sus lugares eran grandes, y los mudaban frecuentemente de un sitio á otro, segun la necesidad ó el peligro los constreñia.

Andaban los hombres generalmente desnudos, cubierto con un caracol el órgano de la generacion, ó con un estuche de oro. Las mugeres traían unas mantillas de algodón desde la cintura hasta la rodilla, bien que en algunos pa-